

PQ 2230

A2



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

IMPRESIONES DE VIAGE.

MEDIODIA DE LA FRANCIA.

POR ALEJANDRO DUMAS.

LA CARAVANA.

Salimos de París el 15 de octubre de 1834 con intención de visitar el Mediodía de la Francia, la Córcega, la Italia, la Calabria y la Sicilia.

El viage que emprendíamos no era ni un paseo de gentes de mundo, ni una expedición científica; sino una peregrinación de artistas. No tratábamos ni de desempeñar los caminos con nuestra silla de posta, ni de internarnos en las bibliotecas, sino de ir por todas partes donde una pintoresca perspectiva, un recuerdo histórico, ó una tradición popular nos llamase la atención. En consecuencia nos pusimos en camino sin itinerario fijo, dejando al acaso y á nuestra buena ventura el llevarnos donde hubiese alguna cosa que tomar, cuidándonos muy poco de las colecciones hechas por los viajeros anteriores, seguros de que los hombres no pueden encerrar en su granero todas las espigas que Dios siembra, y convencidos de que no hay tierra bastante segada que no deje para la historia, la poesía ó la imaginación, algo que espigar.

La caravana se componía de Godofredo Jardin, á quien sus cuadros de la última exposición acababan de colocar á la cabeza de nuestros pintores de paisajes: de Amaury Duval, con quien debíamos reunirnos en Florencia, donde se hallaba perfeccionando la grande educación rafaelésca que habia comenzado en los talleres de Mr. Ingres: de mí, que dirigia

la expedición, y de Milord que la acompañaba.

Como los tres primeros personajes que acabo de nombrar en esta serie de viajeros son ya conocidos por sus obras mas ó menos del público, no me extenderé en hablar de sus cualidades físicas y morales; solo me detendré á tratar del último, que representará en el curso de esta narración un papel demasiado importante para que omitamos desde la primera página darle á conocer á nuestros lectores, á quienes supongo que es enteramente extraño.

Milord ha nacido en Londres en 1828 en una covacha de la casa de lord Arturo G... situada en la calle del Regente. Su padre era un alano y su madre una doga, los dos de pura y antigua genealogía; de modo que su hijo reunió en sí las cualidades características de las dos razas: es decir, en el físico una cabeza tan gruesa casi como el resto del cuerpo, adornada con ojos que á la menor emoción se convertían en sangrientos, con una nariz partida por enmedio que descubría una parte de la quijada superior, de unas fauces que se abrían hasta las orejas para cerrarse despues como unas tenazas, y en lo moral decisión siempre al combate, que cuando se le escita se ejerce indiferentemente sobre cualquiera especie de animal desde el raton hasta el toro.

Lord Arturo G... era muy aficionado á apuestas, y frecuentemente el padre y la madre de Milord le habian hecho ganar considerables sumas, el primero peleando con animales de su especie ó haciendo presa sobre tizones encendidos; la segunda ahogando en un tiempo dado determinado número de gatos y de ratas. El sueño de lord Arturo G... habia sido reunir las cualidades de estos dos perros

en uno solo, y lo había esperado vanamente muchas veces cuando Milord vino al mundo: le llamó por consecuencia *Hope*, palabra que, como todos saben, quiere decir en inglés *esperanza*. Mas tarde, por circunstancias que veremos, tuvo que cambiar su nombre.

La influencia patronímica se conoció en las disposiciones del joven educando de lord Arturo G... y no tardó en cumplir más de lo que prometía: á los cuatro meses había ya presa en su madre y en su padre, y á los seis ahogaba ocho ratas en treinta segundos, y tres gatos en cinco minutos. Estas cualidades innatas y adquiridas con el instinto no hicieron más que desarrollarse y aumentarse con la edad, de modo que á los dos años el cachorro Hope, aunque al principio de su carrera, tenía ya una reputación igual con las más grandes, las más antiguas y las más nobles reputaciones de Londres; inútil es decir aquí que hablamos de la aristocracia perruna.

Hallábase Hope en el apogeo de su gloria cuando en 1834 Adolfo B..., hijo de uno de nuestros más ricos banqueros, fué á pasar una temporada á Londres con cartas de recomendación, de las que una era para lord Arturo G... Acababa de estallar la revolución de Julio y era objeto de las conjeturas de toda la Europa. No era entonces de mal gusto todavía el confesar que se había tomado parte en ella; de manera que se hablaba de la jornada del jueves 29, y Adolfo contó algunos detalles de la toma de las Tullerías á que había asistido. Entre otros había uno bastante curioso, cuya autenticidad garantimos.

Penetrando el pueblo en el palacio había llegado hasta la sala de los Mariscales, el magnífico museo de la gloria militar. Sin embargo, en medio de aquellos grandes nombres había algunos, preciso es confesarlo, que habían llegado á hacerse aborrecer del pueblo, consiguiendo en cambio el privilegio de exasperar hasta el más alto grado en aquellos momentos, á la multitud. Uno de estos nombres era el del conde Bourmont, á quien Argel no había podido hacer perdonar Waterloo, y el del duque de Ragusa, que con un favoritismo reciente con Carlos X, estaba lejos de hacer olvidar su ingratitud con Napoleón. Estos dos nombres se veían escritos en la sala de los Mariscales; el primero en un cuadro vacío, porque aun no habían tenido tiempo de llenarlo más que con una colgadura de moaré encarnado; el segundo en un magnífico retrato de grande uniforme, pintado por Gerard.

El pueblo, al pasar por delante del cuadro vacío y leer el nombre del conde de Bourmont, se arrojó sobre aquel moaré encarnado, como hace el toro sobre la capa escarlata del matador. Lo hizo mil pedazos y lo pisoteó. Apenas había hecho su justicia por aquel lado, cuando otros gritos de furor se dejaron oír excitados por el retrato del duque de Ragusa.

Al mismo tiempo se dispararon varios tiros sobre el cuadro: tres balas dieron en la cabeza y dos en el pecho: otros tantos como había recibido el mariscal Ney.

Iba á seguir á la primera otra segunda descarga, cuando un hombre se lanzó sobre el cuadro, lo hizo caer al suelo tirando de él, dividió el lienzo con su cuchillo, púsole en la punta de una pica de través, y lo levantó sobre todas las cabezas convirtiéndole en bandera del tropel de que parecía ser el jefe.

Buscó aquel hombre y le ofreció, lo que llevaba, 50 ó 60 francos por aquel giron de cuadro, al que no debía dar grande importancia; pero lo negó. Adolfo le encontró un mes después y le instó todavía: le ofreció su escopeta: el hombre aceptó. Gozoso Adolfo de poseer aquel extraordinario trofeo corrió á ponerlo en seguridad en su casa, y volvió á ocupar su puesto en aquella espansion que duró tres días, durante los que, á cada momento, se verificaron episodios tan extraños y dignos de admirarse, y de que no puede formarse una idea exacta á no haberlos presenciado.

Lord G... era un grande aficionado á todo género de curiosidades que tuvieran relación con personas ó acontecimientos notables. Poseía el pañuelo de la mano de María Estuardo, las pistolas de Cromwell, el sombrero de Carlos I, la pipa de Juan Bart, el bastón de Voltaire, el sable de Tippoo Saheb y la pluma de Napoleón. Conoció que faltaba á su colección histórica un recuerdo de la revolución de Julio. Inmediatamente ofreció á Adolfo B... lo que le pidiese en cambio de aquel recuerdo del 29 de Julio de 1830.

Adolfo había hecho ver aquel retrato á todos sus amigos y conocimientos y ya no sabía á quien enseñarlo. Además comenzaba á comprender que semejante reliquia podría algún día comprometer á los fieles que la poseyesen: en fin, á más de todo esto, tenía aquella pintura hacia un año y era bastante tiempo para hacer desprender del corazón de un francés de cosas aun más preciosas. Conocía, por haberlas visto en práctica, las brillantes cualidades del perro de honor de lord Arturo: prometió enviarle el retrato á Inglaterra si le permitía llevarse á Hope á Francia. Fué aceptado el cambio. Quince días después la pintura se hallaba en Londres y Hope ejercía sus habilidades en París, bajo elseudónimo de Milord, que Adolfo creyó deber ponerle en honor de su primer amo: así vino Milord á poder de uno de los individuos de una familia, cuyo nombre discretamente no nos le preguntarán nuestros lectores, de las más honradas y célebres de la aristocracia rentística de la capital.

Milord bien pronto adquirió, en su patria adoptiva, una reputación igual, sino superior, á la que dejaba en su país natal. La cualidad que cultivaba su nuevo dueño era, sobre todo, su instinto de esterminación contra la

raza de los gatos y un implacable odio contra las ratas. Si le hubieran dejado hacer, bien pronto hubiera despoblado toda la comarca de París en un mes, y á Montfaucon en seis semanas.

De tiempo en tiempo también Adolfo lo llevaba á los verdaderos combates, y aquel día era una fiesta para los pilluelos de la barrera, conocedores del verdadero mérito, que no tardaron apreciar en Milord en su justo valor. En efecto, Milord atacaba, como hemos dicho, á todo, desde las ratas hasta el toro. A tal punto era esto, que un día la concurrencia llena de admiración por su valentía, y viendo que nada le resistía, llamó á Carpolin, y pidieron á Adolfo permiso para que dejase combatir á su perro contra este oso. Adolfo respondió que su perro se batiría contra un rinoceronte si por casualidad tenían alguno. Presentóse Carpolin con grandes aclamaciones de la multitud, de que era el ídolo; pero antes de que hubiese pensado en ponerse á la defensiva, Milord se había arrojado sobre él y le había hecho presa. El oso dió un terrible rugido y se enderezó sobre sus patas de atrás. Milord se afianzó fuertemente con sus dientes, se dejó levantar del suelo y permaneció colgado por espacio de un cuarto de hora, de la oreja de su antagonista. El entusiasmo llegó á su colmo: un carnicero le echó una corona.

A la mañana siguiente de este memorable combate, el baron Alfredo R... se presentó en casa de Adolfo. Había asistido la víspera al triunfo de Milord. Viendo que Adolfo era muy aficionado á las armas, vino á ofrecerle que escogiese en su museo la pieza que gustase en cambio de Milord.

Habiase ya pasado un año desde que Adolfo había traído á Milord de Inglaterra: un año era, como hemos dicho, el término de sus más vivas afecciones. Luego, pues, que el baron de R... le hizo la proposición, examinó con cuidado todas las piezas de su museo, fijándose en una magnífica escopeta de dos tiros, de Devisme, el armero artista. Era una arma primorosa, montada sobre acero cincelado, con una baqueta de la misma materia, y un cañon adamascado en relieve. Adolfo probó las llaves una después de otra, miró el oído, se echó la escopeta á la espalda y marchó dejando al baron Alfredo de R... en posesión de Milord.

El baron Alfredo R... habitaba en casa de su tía, cuya herencia aguardaba, y que para que lo hiciese con paciencia le pagaba una pensión de 25,000 francos al año. Aquel día era el de la visita semanal á que en calidad de respetuoso sobrino, no faltaba jamás; y como contaba ir al salir de casa de su tía al Jockey-Club, se había hecho acompañar de Milord, que quería presentar sin dilación á la anglomana admiración de sus amigos.

Tres cosas había que la tía del baron Al-

fredo de R... amaba sobre todo en el mundo; la primera era ella misma, la segunda su gato, y la tercera su sobrino, así Alfredo tenía gran cuidado en todas sus visitas de proveerse de una caja de pastillas de goma para su tía, y un cucurucho de rosquillas para el Doctor: este era el nombre que gracias á su magnífica piel y magestuoso aire, la madrina de la Angola le había dado.

Entró Alfredo como de costumbre saltando sobre la punta de sus barnizadas botas, llevando en la una mano su caja de pastillas, y en la otra su cucurucho de rosquillas, y se adelantó hacia su tía que sentada en su gran sillón dorado acariciaba á su Doctor mucllemente tendido sobre sus rodillas. La tía Estella recibió á su sobrino con la sonrisa en los labios: el Doctor por su parte conociendo á la visita por uno de sus mejores parroquianos, salió á recibirle sobre sus cuatro patas, meneó la cola é hizo cuantas fiestas pudo. Todo iba á las mil maravillas como se ve hasta aquí: desgraciadamente en aquel momento un criado abrió la puerta, y Milord que se había quedado en la antesala, entró en la sala. El Doctor insolente y altivo como un favorito, habituado además á clavar sus uñas en todos los perros falderos ingleses del barrio de San German, quiso hacer una de las suyas: pero esta vez había cambiado de antagonista. El Doctor no dió más que un salto, cuando Milord le dió una dentellada. La tía Estella lanzó un grito; el baron se arrojó sobre su perro; Milord tenía cogido al Doctor por la cabeza. Alberto levantó al perro por la cola y la mordió con sus dientes; lo que, como se sabe, es el único medio de hacer soltar la presa á un alano. Milord desencajó los dientes, y el Doctor cayó á tierra como un paquete, estendió convulsivamente las patas y espiró. El baron se volvió hacia su tía para disculparse; empero esta pálida como un espectro, parecía haber perdido la palabra y la vida. En fin, no encontró la voz ni el movimiento, sino para estender los brazos sobre su sobrino y maldecirle: cumplido este último acto de venganza, cayó sobre su sillón, y se desmayó; viendo lo cual el baron cogió á Milord por la piel del cuello, y se salió de allí dejando el cadáver del Doctor tendido sobre el suelo.

Al cabo de cinco minutos, la tía Estella volvió en sí y preguntó dónde estaba el malvado de su sobrino: respondió el criado que anonadado con la maldición que había lanzado sobre su cabeza, el pobre señor Alfredo había salido desesperado. En aquel momento se oyó un pistoletazo.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Estella.

—¡Oh, Dios mío, exclamó el criado, será nuestro joven señorito que no habiendo podido soportar su desgracia...!

La tía Estella no oyó más, arrojó su segundo grito, y se desmayó segunda vez.

Como hemos dicho, lo que Estella amaba

mas era ella: despues de ella su gato, despues de su gato su sobrino. Su primer pensamiento al recobrar sus sentidos fué, que si el Doctor estaba muerto, y si se habia matado su sobrino, no le quedaba en el mundo ni animal ni pariente, y su vejez iba á pasarse en el abandono, y entregada á mercenarios cuidados: arrepintiése entonces de haber sido tan sensible á la pérdida del Doctor, y mandó á un criado que subiese al aposento del baron, y viniese al instante á darle noticias de él. Obedeció el criado: pero en su lugar fué Alberto el que volvió. Su tia Estella al ver al que creia difunto, lanzó un tercer grito, y se desmayó tercera vez.

Al volver á la vida supo que su sobrino, no queriendo que un infame asesino como Milord sobreviviese á su victima, habia resuelto hacer justicia inmediatamente, y que el pistoletazo que habia oido habia tenido por resultado purgar á la sociedad del asesino del Doctor. La tia Estella se dulcificó pensando que el gato estaba ya vengado, y pensó que sus manes no exigian ya mas.

En su consecuencia alargó la mano á su sobrino en señal de reconciliacion; el baron la besó respetuoso, y para que el espectáculo de la muerte no afligiese mas largo tiempo á su tia Estella, colocó el cuerpo del difunto sobre un almohadon de terciopelo, y mandó á un criado que lo llevase cuidadosamente á su cuarto.

Ocho dias despues, el Doctor, disecado por el disecador mas célebre de Paris, tendido sobre su almohadon, dormia el sueño de los justos, bajo un fanal de cristal, y Milord se acostaba sobre una piel de tigre en el taller de Fadin, habiéndole dejado por un paisaje que hacia mucho tiempo le andaba regateando el baron Alfredo de R....

Allí pasó los dos años mas triunfantes de su vida adquiriendo la primera reputacion en la barrera, y retozando en sus momentos perdidos con el mono de Flers, á quien en uno de esos juegos arrancó la quijada izquierda, y con el oso de Camps á quien cortó la oreja derecha.

Milord llegado al apogeo de su reputacion cubierto de cicatrices, y hallándose en la edad madura, contaba con una vejez tan tranquila como agitada habia sido su juventud, cuando por su desgracia me ocurrió la idea de hacer el viage que vamos á narrar, y que emprendi asociado de dos pintores, de los que Fadin por nuestras antiguas relaciones de amistad, y mas aun por su bello y estenso talento, estaba naturalmente llamado á formar parte. Resuelto á esta determinacion el 45 de octubre de 1834 á las dos de la tarde, sin que se le pidiese permiso para llevarle, y sin prevenirle á donde iba, fué transportado á la silla de posta en que iba su amo, y en la que se alejó de la capital.

Conocida ya por nuestros lectores la histo-

ria perruna de nuestro acompañante, volvamos al punto de que momentáneamente nos ha separado esta importante digresion.

FONTAINEBLEAU.

Se comprende que con el plan de exploracion que habiamos formado, nuestro viage habia comenzado en la puerta de la barrera. En efecto, es bastante curioso, cuando se camina para ver el país que en cierto modo se tiene delante de sí, reconocer en donde dos pueblos comienzan á mezclarse, llegan á confundirse y concluyen por separarse. Los gaulas y los romanos han pasado los Alpes cada uno por su lado, los unos para ir á tomar el Capitolio, los otros para venir á fundar á Lion: despues los franceses y los italianos han seguido el camino trillado por sus antepasados: los primeros han venido con los Médicis á traer sus inmortales artes; los segundos han ido con Napoleon á imponer á Roma su monarquia de un dia: cada pueblo ha dejado en las faldas de las montañas, de uno y otro lado, huellas que van borrándose á medida que se penetra en el corazon del país opuesto, lo que hace se deba recorrer en su busca todos los sitios. Nadie se admirará, pues, que encontrando á quince leguas de Paris, la civilizacion de Leon X y de Julio II, hiciésemos nuestra primera parada.

Ademas Fontainebleau está tan cerca de nosotros que no habria nada de admirable que encontrásemos que decir sobre esta ciudad alguna cosa que no se supiese todavía. Hay al año en Paris dos mil que recorren hasta quinientas leguas para ir á admirar las pinturas de Rafael y la capilla Sistina de Miguel Angel, y no andan cincuenta en el reino para ir á ver los frescos que poseemos en Francia, aunque sean, sin embargo, de Roso y de Primaticio.

Ademas Fontainebleau es tambien uno de nuestros palacios históricos: Luis el Joven habia hecho consagrar en ella capilla por Tomás Becket, y Felipe el Justo alimentaba allí, en su real mesa, los pobres del hospital de Nemours: San Luis, que le llamaba su desierto real, pensó morir en él, y Felipe el Hermoso nació allí: Luis XI comenzó en él su biblioteca que Luis XII transportó á Blois: Francisco I festejó en él magníficamente á Carlos V, y Enrique II, su hijo, dió en él torneos á Diana de Poitiers, su querida: Carlos IX firmó en él el perdón de Condé, y Enrique IV la sentencia

de Biron: Luis XIII recibió allí el bautismo de agua y Enriqueta de Francia el bautismo de sangre: Cristina de Suecia hizo asesinar en él á Monaldeschi, y Luis XIV revocó allí el edicto de Nantes; en fin, en él tambien Pio VII se despojó de la tiara y Napoleon de la corona.

En 1539 Carlos V atravesó la Francia para ir á Flandes y se detuvo en Fontainebleau. A su llegada se manifestó la magnanimidad de Francisco I y la confianza de su rival, aunque á nuestro parecer es la grandeza de Carlos V la que se debe admirar en esta circunstancia. En efecto, de aquellos dos reyes, de los que el uno ha dejado la reputacion de un caballero y el otro la de un político, fué siempre Carlos V el héroe, el hábil, el caballero: Francisco I, al contrario, rehusó el pacto ofrecido y faltó al tratado firmado. Las tres espadas que el caballero rompió en Pavia no hicieron olvidar que el rey provocado no habia sacado la suya: y los de su antigua nobleza que creian en la religiosidad de la palabra empeñada, aun cuando hubiese sido hecha á un enemigo, no se tranquilizaron, aunque Carlos V salió de Francia sin dejar en ella un rescate cuando el rey Francisco I habia olvidado enviar el suyo á España. No procedió así el rey Juan despues de la batalla de Poitiers: cuando vió que el tratado de Breigny seria demasiado oneroso para la Francia, volvió á morir á Inglaterra.

Es que la monarquia caminaba ya á su decadencia; es que las funestas influencias comenzaban á falsear la voluntad suprema; es que por desgracia de la monarquia comenzaba el reinado de la duquesa de Etampes, que la llamaban la mas bella de las sábias, y las mas sábia de las bellas, y á quien el rey habia sacrificado la condesa de Chateaubriand. Era tambien entonces el tiempo de los amores nacientes de Diana de Poitiers, que se llamaba la gran Senescalca, y del joven delín Enrique II. La duquesa de Etampes no habia podido olvidar á qué precio la señorita de Saint-Valier habia salvado la vida de su padre comprometido en la rebelion del condestable de Borbon, y despues de haberse apoderado del corazon del rey la persiguió llegando hasta hacerse su rival en el amor del delín. Rencorosa, venal y traidora, fué el mal genio de la Francia de quien madama Chateaubriand habia sido el ángel; así, cuando Carlos V llegó á Fontainebleau no faltó á su infernal mision, y en tanto que marchaba apoyada en el brazo de Francisco I al encuentro de su huésped imperial, se inclinó al oído de su amante y con la misma voz con que le hubiera dicho «te amo» le dió el consejo de una infame traicion. En aquel momento se encontraron los dos soberanos.

—Hermano mio, dijo Francisco I presentando la duquesa de Etampes al noble huésped, aquí teneis una hermosa dama que me da un consejo: el de reteneros prisionero en este

palacio hasta que hayais roto el tratado de Madrid.

—Si el consejo es bueno es necesario seguirlo, respondió friamente el altivo flamenco, y caminó á la derecha de Francisco I con la misma seguridad que si éste le hubiese hecho un simple cumplido de bienvenida.

Pero dos horas despues al ir á sentarse en la mesa y presentarle la duquesa de Etampes de rodillas el agua á Carlos V en una palangana de oro, el señor de Méjico, lavándose las manos, olvidó en el fondo de la vasija un diamante de valor de un medio millon. Entonces la duquesa se lo hizo reparar al emperador; pero este representando esta vez todavía el galante y generoso papel de su rival:

—Veo que este diamante quiere cambiar de dueño, la dijo, y está en muy buenas y hermosas manos para que yo vuelva á tomarlo.

Desde aquel momento la duquesa cambió tambien: dejó de escitar á su amante á ser traidor con su huésped, siendo al contrario por su huésped traidora á su amante; porque cuando en 1554, es decir, cinco años despues de la escena que acabamos de contar, Carlos V y Enrique VIII atacaron á Francisco I, la duquesa de Etampes entregó al emperador el plan de las operaciones de campaña.

Hacia un siglo que el rumor de aquellas grandes disensiones se habia apagado: el rey y la favorita habian ido á dar cuenta á Dios de la sangre derramada y de las promesas quebrantadas: seis generaciones coronadas habian pasado entre Francisco I envejecido y Luis XIV niño, cuando el 3 de octubre de 1657, carruages de viage, que venian por el camino de Italia, se detuvieron en el patio del palacio de Fontainebleau. Del primer coche se vió bajar una muger de pequeña estatura, de treinta á treinta y cinco años, de un rostro irregular pero fuertemente caracterizado, vestida con un traje de capricho que participaba del uno y del otro sexo. Venia acompañada de dos italianos, del que uno decian era su amante: de tres suecos que ejercian diferentes cargos en su servidumbre, y algunos soldados corsos é italianos que la servian de guardias. Hablaba á cada uno en su propia lengua, cual si cada una de ellas fuese su idioma materno. En aquel momento el prior de los trinitarios atravesaba el patio y ella le dirigió la palabra en latin. Aquella muger extraordinaria era la hija de Gustavo Adolfo, la reina Cristina de Suecia, que el 46 de junio de 1654 habia abdicado la corona paterna en el castillo de Upsal, y que llegando de Roma, donde habia abjurado el protestantismo, acababa de recibir en la Caridad, sobre Loira, la órden de detenerse en Fontainebleau.

Cuando en 1830 hicimos representar en el teatro del Odeon un drama de que era la heroina esta reina, se criticó la excesiva cobardía de Monaldeschi y la crueldad de Cristi-

na. Hoy vamos á presentar á nuestros lectores la relacion testual que el padre Lebel, superior de los trinitarios, ha dejado sobre este suceso, á fin de que se juzgue si nosotros habiamos exagerado algo en nuestro drama.

«El 6 de noviembre de 1657, á las nueve y cuarto de la mañana, hallándose la reina de Suecia en Fontainebleau alojada en la conserjería del castillo, me envié á buscar por uno de sus lacayos. Me dijo éste que tenía orden de S. M. de llevarme para hablar con ella, porque queria que fuese el superior del convento. Le respondí que yo era, y que inmediatamente iba á ir con él para saber la voluntad de S. M. sueca. Así, sin aguardar al compañero, por temor de hacer aguardar á aquella reina, seguí al lacayo hasta la antecámara. Allí me hicieron aguardar un momento: al fin, volvió el lacayo y me hizo entrar en la cámara de la reina de Suecia. La encontré sola, y habiéndola tributado mis respetos mas humildes, la pregunté que era lo que S. M. queria de su humildísimo servidor. Me dijo que para hablar con mas libertad la siguiese: y habiendo entrado en la galería de los Ciervos, me preguntó sino me habia hablado ya antes. La respondí que habia tenido el honor de saludar á S. M. y ofrecerle mis humildes respetos, que ella habia tenido la bondad de darme las gracias y nada mas. A esto me dijo la reina que yo tenia un hábito que la hacia fiarse de mí, y me hizo prometer, bajo el sigilo de confesion, guardar el mayor secreto sobre lo que me iba á descubrir. Respondí á S. M. que por mi ministerio era naturalmente ciego y mudo: y siéndolo para toda clase de personas, con mayor razon debia serlo para una princesa como ella: y añadió que la Escritura dice, que es bueno ocultar el secreto de un rey: *arcanum regis abs condere bonum est.*

«Después de esta respuesta me entregó un paquete de papeles sellados en tres ó cuatro puntas sin ningun sobre, y me mandó que se lo entregase en presencia de las personas que hubiera cuando ella me lo pidiese: lo que prometí á S. M. sueca.

«Me mandó en seguida que notase bien el tiempo, el día y la hora en que me entregaba aquel paquete: y sin mas conversacion me retiré con el paquete y dejé á la reina en la galería.

«El sábado, día 10 del mismo mes de noviembre, á la una de la tarde, la reina de Suecia me envié á buscar por uno de sus lacayos, el cual me dijo que me llamaba S. M. Entré en un gabinete para tomar el paquete que me habia entregado, pensando que me habia enviado á llamar solo para que se lo devolviera. Seguí á aquel criado, que después de llevarme por la puerta falsa del palacio, me hizo entrar en la galería de los Ciervos: al punto que entramos cerró precipitadamente la puerta y quedé asombrado. Ha-

biendo visto hácia el medio de la galería á la reina que hablaba con uno de su comitiva que llamaban el Marqués (que segun despues supe era el marqués de Mornaldeschi), me acerqué á aquella princesa. Después de haberme hecho un saludo me pidió en un tono de voz bastante alto, para que lo oyese el marqués y los otros tres hombres que allí se hallaban, el paquete que me habia confiado. Dos de los tres se hallaban separados de la reina como unos cuatro pasos y el tercero bastante cerca de S. M. La reina me habló en estos términos:

—«Padre mio, volvedme el paquete que os he dado.

«Me aproximé y se lo presenté. Habiéndolo tomado S. M. y mirado algun tiempo, lo abrió y cogió las cartas y papeles escritos que habia dentro: los hizo ver y leer á aquel marqués y con una voz grave y un continente tranquilo le pregunto si los reconocia.

«El marqués los negó; pero poniéndose pálido.

—«¿No queréis reconocer estas cartas y estos papeles? le dijo, no siendo á la verdad, mas que copias que la misma reina habia transcrito...

«S. M. sueca, después de haberle dado pasar algun tiempo, se aproximó al marqués, sacó de su pecho los originales y enseñándoselos, le llamó traidor y le hizo confesar que aquellos escritos y sus firmas eran suyos. Le preguntó muchas veces: á lo que el marqués, escusándose, respondia lo mejor que podia, echando la culpa sobre diversas personas. Por último, se arrojó á los pies de aquella reina pidiéndola perdon: al mismo tiempo los tres hombres que se hallaban allí presentes, sacaron sus espadas de la vaina, á la que no las volvieron hasta después de haber ejecutado al marqués.

«Se levantó, y llevando á la reina tan pronto á un rincón de la galería, tan pronto á otro suplicándola que le oyese y recibiese sus excusas. S. M. no le negó jamás nada; pero le escuchó con gran paciencia sin que manifestase ni una vez el menor cansancio, ni diese señales de cólera. Después volviéndose hácia mí, viendo que el marqués la apremiaba mas y mas á que le escuchase.

—«Padre mio, me dijo, mirad y sed testigo.

«Después, aproximándose al marqués apoyada sobre un pequeño baston de ébano con puño redondo, le dijo:

—«Yo oiré todo lo que queráis decirme para probarme que no habeis sido traidor y pérfido, y recibiré las pruebas que presentéis si podeis, para justificaros.

«El marqués, apremiado por la reina, le dió papeles, y dos ó tres llavecitas atadas juntas que sacó de su bolsillo, del cual se le cayeron dos ó tres monedas de plata. Después de mas de una hora de conferencia, no satisfa-

ciendo, sin duda, el marqués á la reina con sus respuestas, S. M. se aproximó un poco á mí y me dijo con voz bastante alta; pero grave y moderada.

—«Padre mio, me retiro y os dejo á este hombre, disponedle á bien morir, y tened cuidado de su alma.

«Cuando oí pronunciar esta sentencia, tuve un grandísimo terror. Al oirla, el marqués se arrojó á sus pies, imitándole yo, pidiéndola perdon por aquel pobre marqués. Me dijo que no podia concederlo, y que aquel traidor era mas culpable y criminal que los que son condenados á la rueda: que sabia bien que ella le habia comunicado como á un súbdito fiel, sus mas importantes negocios é intimos pensamientos: que le habia colmado de bienes y de distinciones como á un hermano, habiéndole siempre mirado como á tal, y que su conciencia debia ahora servirle de verdugo. Después de estas palabras retiróse á un lado S. M. con los que tenían las espadas desnudas, y salió. Entonces el marqués se arrojó á mis pies, y me rogó que fuese al lado de S. M. para obtener su perdon. Aquellos tres hombres le apremiaban á confesarse, poniéndole las espadas al pecho, pero sin tocarle: yo con las lágrimas en los ojos le exhortaba á que pidiese perdon á Dios. El gefe de los tres marchó para ir á ver á S. M. para pedirle perdon é implorar su misericordia por el pobre marqués; pero volviendo triste porque su señora le habia mandado que se despachase, le dijo llorando.

—«Marqués, pensad en Dios y en vuestra alma; es preciso morir.

«Al oír aquellas palabras, como fuera de sí, el marqués se arrojó á mis pies segunda vez conjurándome para que volviese á ver á la reina, y obtener la gracia del perdon de su vida: yo lo hice. Habiendo encontrado sola á S. M. en su cámara con un rostro sereno y grave, me aproximé á ella: dejándome caer á sus pies con las lágrimas en los ojos y los suspiros en el corazón, la supliqué por las llagas de Nuestro Señor Jesucristo tuviese misericordia de aquel marqués. La reina manifestó no poder acceder á mi demanda por la perfidia y quebranto que aquel desventurado la habia hecho sufrir, después de lo cual no debia esperar perdon ni indulgencia; añadiendo que muchos habian llevado á la horca y á la rueda, sin merecerlo tanto como aquel traidor.

«Viendo que nada podia adelantar con mis súplicas en el ánimo de aquella reina, me tomé la libertad de manifestarle que recordara se hallaba en el reino de Francia, y que tuviese cuidado con lo que iba á hacer porque tal vez no lo aprobaria el rey: á lo que S. M. me respondió, que ella hacia aquella justicia á presencia del altar y que tomaba á Dios por testigo de que no oía la voz de las pasiones al mandar hacerla, sino que tal castigo merecian

los crímenes y la traicion del marqués, que no tenían igual en el mundo. Además, que el rey de Francia no la daba alojamiento en su casa como una cautiva, y que era dueña de su voluntad para hacer y administrar justicia en sus súbditos, debiendo responder de sus acciones únicamente á Dios, no siendo lo que hacia una cosa sin ejemplo: yo la supliqué aun manifestándola que si los reyes habian hecho alguna cosa semejante, habia sido en su territorio y no en otra parte; pero apenas hubé dicho estas palabras, me arrepentí temiendo haberla irritado. Al disponerme á marchar le dije todavia.

—«Señora, en honor de la reputación de magnánima y del aprecio que todo buen francés os profesa, os suplico humildemente que suspendais la accion que vais á cometer, no sea que á lo que á los ojos de V. M. es una justicia, aparezca á los de los hombres violento y precipitado: haced todavia un acto generoso de misericordia con el pobre marqués, ó al menos entregadlo á manos de la justicia del reino, para que se le forme su causa en regla: tendreis así la satisfaccion de conservar siempre por este medio el título de admirable que llevais por todas vuestras acciones entre todos los hombres.

—«¿Qué, padre mio, me dijo aquella reina, yo en quien debe residir la justicia absoluta y soberana, habia de verme reducida á pedirle contra un traidor, de cuyo crimen y perfidia tengo las pruebas palpables, escritas y firmadas de su puño?

—«Verdad es, señora: pero V. M. está interesada en este asunto.

—«La reina me interrumpió, y dijo:

—«No, no, padre mio, yo se lo haré saber al rey. Marchad y tened cuidado de su alma: no puedo en conciencia conceder lo que me pedís.

«Así me despidió, pero conocí en el cambio de voz y en sus últimas palabras, que si hubiese podido diferir la accion, y variar las circunstancias, indudablemente lo hubiese hecho: pero el negocio estaba demasiado adelantado para tomar otra resolucion sin ponerse en peligro de dejar escapar al marqués, y poner su propia vida á la ventura.

«En este extremo no sabia qué hacer ni á qué resolverme; no podia escaparme, y aun cuando hubiera podido me habia comprometido por una palabra y un deber de caridad me impulsaba á socorrer en conciencia al marqués y disponerle á bien morir.

«Entré, pues, en la galería, y abrazando á aquel pobre desgraciado que se hallaba bañado en lágrimas, le exhorté en los mejores términos y lo mas fervorosamente que me fué posible y Dios quiso inspirarme á que se resolviese á morir y pensase en su conciencia, pues no habia mas esperanzas de vida para él, que ofreciese y padeciese su muerte por la justicia, debiendo poner únicamente su es-

peranza en Dios para la eternidad donde encontraría su consuelo.

«Después de oír tan triste noticia dió dos ó tres grandes gritos y se puso de rodillas delante de mí, y habiéndome yo sentado en uno de los bancos de la galería, comenzó su confesion. Le hice hacer actos de fé, esperanza y caridad, renunciando á todo pensamiento mundano. La dijo entre francés é italiano, lo mejor que podia esplicarse. El capellan de la reina llegó cuando yo le estaba preguntando la aclaracion de una duda; viéndole el marqués, sin aguardar mi absolucion se dirigió á él esperando gracia de su favor. Hablaron bajo bastante tiempo teniéndose agarradas las manos y retirados en un rincon, y habiendo terminado su conferencia el capellan salió llevándose consigo al gefe de los encargados de la ejecucion: á poco volvió éste solo y le dijo:

—«Marqués, pide perdon á Dios, porque sin aguardar mas es preciso morir. ¿Te has confesado?»

«Y al decir estas palabras le empujó contra la pared de la galería en el sitio donde está la pintura de San German de Laya: yo no pude volverme tan pronto de espaldas que no viese le había dado una estocada en el estómago, en el lado derecho; el marqués queriendo parar el golpe agarró la espada con la mano derecha cortándose tres dedos, torciéndose la espada. Entonces dijo á uno que se hallaba armado por debajo, como en efecto lo estaba, con una cota de malla, que pesaba de nueve á diez libras, lo que hizo redoblar los golpes que le asestaban, y dirigiéndose á mí el marqués me dijo: ¡Padre mio, padre mio! Me acerqué á él, se separaron un poco los ejecutores, y con una rodilla en tierra me suplicó pidiera por él perdon á Dios, añadiendo otras cosas todavía, le di la absolucion, y por penitencia, en fin, la muerte por sus pecados, perdonando á todos los que le hacian morir: recibida la absolucion se arrojaron sobre él derribándole en el suelo, dándole uno de ellos un golpe en la cabeza que le rompió el cráneo; hallándose tendido, él mismo hizo señas de que le cortaran el cuello: pero á pesar de los nuevos golpes que le dieron no consiguieron hacerle grande daño, porque la cota de malla le subia mucho é impedía el que le hiriesen. Entretanto yo le exhortaba á que se acordase de Dios y sufriese con paciencia, y otras cosas semejantes.

«En este tiempo el gefe me preguntó si debía rematarle; yo me retiré bruscamente al oír esto, y le dije que yo no habia venido allí para darle consejos, que yo pedía su vida y no su muerte; me pidió perdon y confesó que habia hecho mal en hacerme semejante pregunta.

«Mientras pasaba esto, el marqués, que no aguardaba mas que el último golpe, oyó abrir la puerta de la galería y recobró ánimo.

Volvió la vista y viendo era el capellan el que entraba, se arrastró hácia él apoyándose contra la pared solicitando hablar con él. El capellan pasó á la mano izquierda del marqués: yo me quedé á la derecha; el marqués volvió hácia el capellan y juntando las manos le dijo alguna cosa como si se confesara; después de ella, el capellan le dijo que pidiese perdon á Dios, y habiéndome pedido permiso le dió la absolucion.

«En seguida se retiró el capellan diciéndome que permaneciese al lado del marqués y que él iba á ver á la reina de Suecia. En este tiempo habian dado un nuevo golpe en el cuello al marqués con una espada larga y estrecha que le atravesó la garganta, de cuyo golpe cayó al suelo sobre el lado derecho, no dándole mas. Permaneció así mas de un cuarto de hora, respirando durante el cual yo le gritaba y le exhortaba lo mejor que me era posible. En cuanto el marqués se desangró, terminó su vida, á las tres y tres cuartos de la tarde. Recité el *De profundis* con la oracion de los difuntos: después el gefe de los tres le meneó una pierna y un brazo, y hallándole cadáver le registró los bolsillos encontrando solo un librito de horas de la Virgen y un cuchillo.

«Hecho esto marcháronse los tres y yo después para recibir las órdenes de S. M. Aquella reina, asegurada de la muerte del marqués, manifestó pesar por haberse visto obligada á hacer aquella ejecucion en su persona: pero como era justa por su crimen y traicion, rogaba á Dios le perdonase. Me mandó que tuviese cuidado de hacer levantar el cadáver y enterarlo y me dijo que queria hacer decir muchas misas por el descanso de su alma. Mandé hacer una caja, donde se metió el cadáver, ponerla en una carreta, y á causa de la niebla y mal estado de los caminos le hice llevar á la parroquia de About por mi vicario, acompañado de tres hombres, con orden de enterarle en la iglesia cerca de la pila del agua bendita, lo que fué ejecutado á las cinco y tres cuartos de la tarde.»

Luis XIV supo esta muerte y llevó á mal que otro mas que él pretendiese ser rey é hiciese justicia en el reino de Francia: hizo, pues, entender á Cristina su descontento por medio del cardenal Mazarino, y á la carta de este respondió Cristina.

«Monseñor Mazarino: os han referido los detalles de Monaldeschi y veo estais muy mal informado.

«Encuentro muy extraño que empleis tantas gentes inútilmente para enteraros de la verdad del hecho. Vuestro proceder no debia, sin embargo, asombrarme por loco que seais: pero jamás hubiera creído que ni vos ni vuestro jóven y orgulloso amo, os hubiéseis atrevido á manifestarme el menor resentimiento.

«Sabed todos, tanto los que sois criados

como amos, pequeños y grandes, que me ha dado la gana de obrar así: que no quiero ni debo dar cuenta de mis acciones á nadie, y sobretodo á fanfarrones como vos. Representais un singular personaje para un hombre de vuestro rango: pero cualquiera que sean las razones que os han determinado á escribirme, hago muy poco caso para ocuparme de ello un solo instante.

«Quiero que digais esto á quien lo quiera oír, porque á Cristina la importa muy poco la corte, y todavia menos vos: que para vengarme no tengo necesidad de recurrir á vuestro formidable poder: mi honor lo ha querido así: mi voluntad es la ley que debeis respetar. Acatarla es vuestro deber. Y muchas gentes, que yo no temo mas que á vos, harian bien en aprender lo que deben á sus iguales, antes que meter mas ruido de lo que conviene.

«Sabed, en fin, señor cardenal, que Cristina es reina donde quiera que se halle, y en cualquiera lugar que se complazca habitar, los hombres la respetarán porque valdrán mas que vos y vuestros confidentes.

«El principe de Condé tenia muchísima razon esclamando, cuando le teniais preso injustamente en Vincennes: este viejo zorro no cesará jamás de ultrajar á los buenos servidores del Estado, á menos que el parlamento no despida ó castigue severamente á este ilustrísimo bribon de Piscina.

«Creedme, pues, Julio, comportaros de manera que merezcáis mi benevolencia; para ello tendreis mucho que hacer y que corregiros. Dios os preserve de aventurar nunca la menor palabra indiscreta sobre mi persona: aunque me halle al fin del mundo estaré instruido de vuestros manejos: tengo amigos y cortesanos á mi servicio que son tan diestros y tan vigilantes como los vuestros, aunque no tan bien pagados.»

Quince dias después de haber recibido esta carta, el rey de Francia, acompañado del cardenal Mazarino y de toda su corte vino á hacer una solemne visita á la ex-reina de Suecia.

EL VEINTE DE ABRIL.

No era esta la sola ejecucion que Fontainebleau debió ver.

En 1664 Luis XIV decretó el arresto de Fouquet, y el 22 de octubre de 1685, revocó tambien allí el edicto de Nantes. Este último suceso hacia escribir á Cristina, de quien

uno de los privilegios reales que habia conservado, como se ha podido ver por la carta anterior, era el estilo epistolar, esto que la valió que el rey dejara de escribirla: «Considero hoy la Francia como un enfermo á quien se han roto brazos y piernas para curarlo de un mal, que un poco de paciencia y un poco de calma hubieran ciertamente curado: pero temo al presente que el mal sea incurable.» Cristina se engañaba, pues solo costó á la Francia veinte ó veinte y cinco años de guerra civil.

Hácia el fin de la vejez de Luis XIV, Fontainebleau fué abandonado por Marly. El 26 de octubre de 1728, Luis XV cogió allí las viruelas, lo que comenzó á rebajar el crédito de aquel sitio real favorito. Fué todavía, mientras duró su reinado, en la época de los viajes de otoño, notable por alguna de aquellas mezquinas intrigas que señalan el reinado de Mad. Pompadour y de la Dubarry; pero casi completamente abandonado en tiempo de Luis XVI, no pasó allí, durante todo el intervalo que sépara la vejez de Luis XIV de la juventud de Napoleon, nada que merezca ser referido.

El nuevo emperador, que no pudiendo aproximarse por el nacimiento á las antiguas dinastías, queria al menos aproximarse por los hábitos á ellas, vino á residir un poco de tiempo á Fontainebleau: y viendo el abandono y deterioro á que estaba reducido este sitio real, dió orden para su entera restauracion. De repente aquellos trabajos fueron activados extraordinariamente: Fontainebleau habia sido señalado para el sitio de la entrevista que iba á verificarse entre Napoleon y el papa Pio VII, que dejaba á Roma para venir á consagrar al emperador.

Pero Napoleon era uno de esos genios impacientes que no pueden aguardar. Así hizo con Pio VII en 1804 lo que con María Luisa en 1808: en lugar de esperar en Fontainebleau hasta que el papa hubiese hecho su entrada en el palacio, subió en su carruaje y marchó á su encuentro, que se verificó en la cruz de San Herem. Allí es donde doce años mas tarde, Luis XVIII, impaciente á su vez como Napoleon, debia venir á recibir á Carolina de Nápoles, prometida esposa de su sobrino el duque de Berry.

Pio VII subió al carruaje del emperador, que sentado á su derecha, el 25 de noviembre de 1804, hácia las dos de la tarde, entraron juntos en Fontainebleau, donde pasaron el resto del dia.

Un año después, Napoleon, después de haber colocado sobre su cabeza otra corona y haberla rodeado de esta divisa: ¡Dios me la ha dado, desgraciado del que la toque! supo en Génova la gran coalicion que se organizaba contra él. Inmediatamente sube á una silla de posta, y sin detenerse, en cincuenta horas llegó á Fontainebleau: allí, mientras se le